



IMPEDIMENTA

Jori Jelfer

Maestras del engaño

Estafadoras, timadoras y embaucadoras
de la historia





Maestras del engaño

*Estafadoras, timadoras y
embaucadoras de la historia*



TORI TELFER

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*



IMPEDIMENTA



Una antología llena de humor negro que recoge las hazañas de algunas de las más notorias estafadoras de la historia.

«Una antología deslumbrante, trágica y egoísta, donde las estafadoras bailan según las reglas de la sociedad.»

The New York Times

«Tori Telfer presenta de forma sublime sus escandalosos planes para que disfruten los fanáticos del true crime.»

Booklist

Para Cecil

De un modo un tanto retorcido, recuerda a una esquiadora o una montañista. Nos la imaginamos preguntándose: «¿Volveré a conseguirlo esta vez?».

DR. WILLIAM A. FROSCH

INTRODUCCIÓN

EL ENCANTO



En 1977, el *Daily News* de Nueva York publicó un artículo sobre una joven y hermosa timadora llamada Barbara St. James (al menos ese era uno de sus nombres). «Si la conocen, les encantará», decía el artículo. «Les sonsacará la historia de su vida, sus problemas y sus triunfos. Tiene la apariencia de una mujer acaudalada y con clase. Rebosa sinceridad.»

Apariencia era la segunda palabra más importante de la frase, pero la más relevante era *encantará*. *Les encantará*. La historia de la vida de la hermosa Barbara cayó en el olvido hace mucho tiempo, pero esa frase podría emplearse para describir a casi cualquier timadora, anterior o posterior a ella. *Si la conocen, les encantará*. La capacidad para gustar es la herramienta más importante que tiene una timadora, una herramienta que emplea como un chef usa su cuchillo o como un actor se vale de una máscara. Si les encanta —y sin duda les encantará—, su trabajo será mucho más fácil. Todo habrá terminado muy pronto. Apenas notarán nada.

El hecho de que nos encanten los timadores probablemente sea el mayor timo de todos los tiempos. ¿Cómo han podido conseguir estos delincuentes crear un mundo en el que hablamos de «abuso de confianza» y los consideramos «artistas de la mentira» mientras que otros delincuentes reciben nombres mucho menos engalanados,

como «ladrón» o «traficante de drogas»? ¿Por qué nos referimos a sus actos delictivos diciendo que «hacen trucos» y «juegan con la confianza» de la gente, como si estuviéramos hablando de niñitos traviesos? Cuando periodistas, abogados y amantes hablan sobre las mujeres que aparecen en este libro, lo hacen como si estuvieran recordando a artistas brillantes que, por desgracia, se descarriaron. «Esta mujer habría sido un gran ser humano si hubiera recibido una educación superior, una formación superior», escribió una periodista sobre una timadora canadiense. El hermano de una timadora británica insistió en que, si no fuera por una «desafortunada peculiaridad» de su carácter, «habría sido una persona absolutamente maravillosa. En realidad, lo es, a pesar de todo». El amante de una estafadora francesa dijo de ella: «Sin ser consciente del peligro que suponía, admiraba su espíritu valiente, que no se arredraba ante nada». El cuñado de una embaucadora norteamericana afirmó: «Es una de las personas más agradables que he conocido».

De nada sirve negarlo: las mujeres que aparecen en este libro fueron extremadamente encantadoras. La mayor parte de ellas sería una compañía estupenda para salir de copas. Muchas tenían un gusto excelente para la moda. ¡Los bolsos de diseño! ¡Los abrigos de piel! Algunas sabían hablar con acentos divertidos, otras podían leer el futuro. Una era dueña de un coche rosa, y otra tenía una matrícula en la que se leía 1RSKTKR: *Number 1 Risk Taker*, es decir, la número uno asumiendo riesgos. La más peligrosa de todas tenía la costumbre de regalar billetes de cien dólares, sin motivo alguno. ¡Qué adorable! Está claro que habría

sido muy entretenido conocer a estas mujeres, siempre que nos quedáramos solo con su lado bueno. Pero ¿por qué nos sentimos tan cómodos admirándolas? Nadie va por ahí comentando que su cuñada, una asesina en serie, era «una persona absolutamente maravillosa» o un «espíritu valiente que no se arredraba ante nada», y, sin embargo, en internet abundan artículos como: «¿Por qué nos fascinan tanto los estafadores?» y «Vístete como tu timador favorito para Halloween».

Una manera sencilla de explicar toda esta adulación es que los timadores tienen fama de ser delincuentes no violentos. Rara vez encontraremos una timadora que haya guardado la cabeza de alguien en el congelador. Sus víctimas casi nunca mueren. ¡Casi nunca! Esto nos lo pone muy fácil, porque podemos pensar que sus víctimas son unos idiotas crédulos hasta la médula que han salido prácticamente indemnes, y centrar nuestra atención y admiración en lo que vuelve tan fantásticas a estas artistas, perdón, criminales.

Pero tal vez haya un motivo oculto por el que nos gustan las estafadoras: en lo más profundo, queremos ser ellas. La mayor parte de la gente, y sobre todo de las mujeres, vive su vida constreñida por mil y una pequeñas barreras sociales. Sin embargo, por medio de una misteriosa alquimia de talento y criminalidad, las artistas de la mentira atraviesan estas barreras igual que Houdini escapaba de sus famosas camisas de fuerza colgado de un edificio. Las timadoras no se ven obligadas a usar el número correcto de la seguridad social, ni a conservar el nombre que les pusieron sus padres, ni a poner su

verdadero color de ojos en el carnet de conducir. No les molesta fingir. No les da miedo practicar la bigamia. Pueden salir de un aparcamiento llevándose un coche de lujo o robar un collar hecho con seiscientos cuarenta y siete diamantes, y no les importa quién paga el precio de sus delitos. Y aunque a la gente le encanta hablar de ellas como si fueran metáforas —del espíritu emprendedor, de las estafas del capitalismo, del sueño americano, de la mismísima América, del diablo o simplemente de la leve falsedad de la vida de las mujeres corrientes—, a ellas no les importan un comino las figuras retóricas. Solo responden ante sí mismas. ¿No resulta impactante esa especie de egoísmo desnudo? ¿Y no da la sensación de ser una delicia?

Es tentador pensar que en realidad podríamos ser ellas; si se nos dieran mejor los acentos y tuviéramos unas cuantas pelucas y sucumbiéramos por completo a nuestros deseos sociales más bajos: el deseo de estatus, de poder, de opulencia, de dinero, de admiración, de control. Estos deseos quizá parezcan vulgares, pero son inherentes a nuestra naturaleza. Un estudio psicológico descubrió recientemente que la gente anhela tener una buena posición social no solo porque eso satisface nuestra apremiante necesidad de sentir que pertenecemos a un colectivo, sino también porque nos proporciona cierta sensación de control, mejora nuestra autoestima e incluso nos aporta beneficios reproductivos. (Incluso los animales quieren ser importantes. Un estudio realizado en 2016 con Macacos Rhesus mostró que el ascenso social hacía que se fortaleciera el sistema inmunológico de estos monos.) Casi

todos nos permitimos satisfacer esta clase de deseos de un modo más bien tímido; nuestros timos, minúsculos y deprimentes, nunca salen en la prensa. Nos reinventamos en Nochevieja, corregimos la historia de nuestra vida para que parezca más emocionante y hacemos todo lo que está en nuestra mano para resultar más simpáticos (cuando esto nos beneficia). Pero rara vez nos soltamos el pelo por completo, ya sea por cuestiones morales, por la presión social o porque no deseamos acabar en la cárcel (un interés un tanto pasado de moda). Por lo tanto, cuando leemos sobre las travesuras de una estafadora, lo que nos parece tentador no es identificarnos con el papel de sus víctimas (nos consideramos demasiado listos para eso), sino con el de ella. ¿Y si actuáramos así? ¿Y si pudiéramos cautivar a los demás de ese modo? ¿Y si nos deshiciéramos de la moral, y de la sociedad, y de la responsabilidad colectiva, y nos permitiéramos... caer en la tentación?

Pero nunca podríamos ser ella. Hay demasiadas cosas que nos lo impiden. Demasiadas reglas que cumplir. Demasiados contratos sociales que respetar. Esto es algo bueno, casi siempre, lo de cumplir y respetar, incluso es algo bonito; aunque a algunas personas se nos tendrá que perdonar el reprimir un pequeño suspiro de decepción al darnos cuenta. Y quizá este sea el motivo por el que a la tímida le resulta tan fácil engatusarnos. Ha de poner en marcha su encanto, desde luego, pero el común de los mortales estamos deseando encontrarnos con ella, boquiabiertos y con los ojos brillantes. Y mientras lleva a cabo su representación, pensamos que es «un gran ser humano» y «una persona absolutamente maravillosa»,

además de preguntarnos una y otra vez: «¿Y si...? ¿Y si...?». En el mundo de las estafas y de los timos, para las artistas como ella somos «el blanco». Y ella, la francotiradora, nos acierta en el corazón. Nos coloca exactamente donde quiere que estemos. Está a punto de hacernos una oferta que no podremos rechazar.

LAS CELEBRIDADES



JEANNE DE SAINT-RÉMY

CASSIE CHADWICK

WANG TI

MISCELÁNEA



Un globo aerostático Un producto inspirado en un globo aerostático

Ocho pianos de cola

647 diamantes

Una reina de mentira

Dos padres de mentira

Un desvanecimiento de verdad

Numerosos desvanecimientos de mentira

Un soldado amante de la caligrafía

Un anciano impactado en su lecho de muerte

Un grupo de olímpicos engañados

Un bigote falso Una rosa muy significativa

JEANNE DE SAINT-RÉMY



alias:

CONDESA DE LA MOTTE

1756-1791

Hubo una vez un rey de Francia que decidió comprarle a su amante el collar de diamantes más bonito del mundo.

Sucedió en el año 1772. El rey era Luis XV, un hombre torpe y tímido, y su amante era madame du Barry, cuyo lechoso escote y sonrojadas mejillas eran legendarios. Necesitaba un collar que estuviera a la altura de su belleza, de modo que los joyeros reales se pusieron a trabajar y consiguieron diamantes de países tan lejanos como Rusia o Brasil. Su creación, de 647 diamantes y 2800 quilates, era deslumbrante y un poco aterradora. Estaba diseñada para rodear la garganta de quien la llevara y deslizarse hacia su pecho, mientras unas hebras de diamantes caían desde la parte de atrás del cuello. Había un par de lacitos azules bastante cursis diseminados aquí y allá, pero no lograban suavizar el apabullante efecto que producía el collar. Ese estilo de joya se llamaba *collier d'esclavage*: un «collar de esclavo».

Tendría que haber sido la joya más esperada del mundo, pero madame du Barry nunca tuvo la oportunidad de probársela. Antes de que Luis XV pudiera pagar los dos millones de libras que costaba —más de diecisiete millones de dólares actuales—, murió de viruela, dejando a su amante sin su regalito y a los alarmados joyeros sin un céntimo. Durante una temporada, los joyeros recorrieron Europa agitando el collar delante de diversas narices

reales, pero nadie quedó hechizado por su malicioso brillo y, de todos modos, nadie podía permitirse pagarlo.

Así pues, los joyeros volvieron a casa para probar una última opción. Había una chica nueva en la ciudad, una joven reina procedente de Austria, famosa por la elegancia de su cuello. Se decía que era sumamente frívola y que estaba obsesionada con todo lo que brillara. Tal vez la joya le interesara. Al fin y al cabo, ¿qué mujer no querría tener en sus manos algo tan...preciado?

Dieciséis años antes, nacía una niña muy luchadora en un mundo sin diamantes. Su padre era alcohólico, su madre la molía a palos y su familia había malgastado su magra fortuna unas cuantas generaciones atrás. ¡Pero qué nombre le pusieron! Se llamaba Jeanne de Saint-Rémy y se sentía muy orgullosa por ser descendiente de la Casa de Valois; su nombre lo era todo para ella. El padre de Jeanne era, en rigor, hijo del tataranieto de Enrique II, que había reinado en Francia a mediados del siglo XVI en calidad de décimo rey de la Casa de Valois. Pero el suyo era un parentesco ilegítimo, pues descendía de la amante de Enrique II, y aunque sus antepasados habían disfrutado de ciertos favores reales, estos nunca dieron para mucho. Durante generaciones, los parientes bastardos de Jeanne habían vivido, dedicándose al robo y a la caza furtiva, en una destartalada casa de campo situada a las afueras del pueblo de Bar-sur-Aube, en Champaña. Poco a poco, la mayor parte de sus tierras se fue vendiendo para pagar distintas deudas, y para cuando nacieron Jeanne y sus tres hermanos ya no quedaba nada del lustre de los Valois. De

hecho, los niños eran tan delgados y montaraces que a los lugareños les resultaba doloroso mirarlos. Había un pequeño agujero en la pared de la cabaña donde vivían, y los vecinos les pasaban alimentos a través de él para no ver sus famélicos rostros.

Pero Jeanne creció creyendo que había dinero de los Valois esperándola; lo único que tendría que hacer era convencer a alguien importante de que la escuchara. Sus padres alimentaron estas ilusiones a su envenenada manera. Cuando las deudas alcanzaron un nivel crítico, toda la familia huyó a París, donde la madre de Jeanne la obligó a mendigar y, si no llevaba a casa suficiente dinero, le propinaba unas palizas tremendas. Jeanne se dedicaba a vagar por las calles gritando: «¡Compadezcan a una pobre huérfana de la sangre de los Valois!». En París, el padre de Jeanne murió a causa de su alcoholismo, y ella afirmaba que entre las últimas palabras que le dijo, se encontraba el siguiente ruego: «¡Te suplico que, ante cualquier infortunio, recuerdes que eres una VALOIS!».

Cuando tenía ocho años, sus gritos fueron oídos por la marquesa de Boulainvilliers, una generosa dama que rescató a Jeanne y a sus hermanos, les limpió bien las orejas y los envió a un internado (para entonces, su madre había huido con otro hombre). La marquesa incluso logró que se reconociera que los niños descendían de la Casa de Valois y, no sin esfuerzo, pudo conseguirles una pequeña pensión real, equivalente a unos 8000 dólares actuales al año. Esto debería haber sido algo importante para Jeanne —el reconocimiento, por parte de la monarquía, de que era quien decía ser—, pero aquella niña ambiciosa

prácticamente se sintió insultada. Quería dinero de verdad. Quería recuperar la casa de campo de los Valois. Quería que la gente la mirara con fascinación.

Aunque Francia se estaba desmoronando por dentro — inyectaba dinero a la Revolución estadounidense para desestabilizar a sus enemigos ingleses, y solo faltaba una década para que se produjera su propia y sangrienta insurrección—, la clase alta del país era lo bastante glamurosa como para deslumbrar incluso a la joven más sensata. En el centro de todo ese glamur se hallaba la joven reina María Antonieta, que, sin ninguna vergüenza, gastaba más en ropa de lo que estipulaba su presupuesto, llevaba unos enormes peinados esculpidos, tenía un chocolatero personal siempre de guardia y había contratado a una persona para que se encargara de que sus aposentos siempre estuvieran llenos de flores frescas. Con una reina así, ¿quién no querría disfrutar de un poco de glamur? Todo el país anhelaba más, y pisaba sin escrúpulos las cabezas de quienes se hallaban por debajo de ellos con tal de ascender unos milímetros en la escala social. Y no había nadie en toda aquella Francia hambrienta y revuelta que quisiera ascender más alto que Jeanne.

Charles Boehmer estaba rodeado por tantos diamantes que se quería matar.

Él y su socio, Paul Bassenge, eran los joyeros reales que habían diseñado el collar de 647 diamantes para Luis XV, lo cual había resultado ser el mayor error de su vida profesional. Esa joya estaba maldita. ¡Maldita! Se habían pasado los últimos diez años suplicándole a María

Antonieta que se quedara con el collar, y la reina todavía no había mostrado el menor interés por él. En cierto momento, Boehmer se había tirado al suelo delante de ella y le había dicho sollozando que, si no le compraba el collar, se arrojaría al río. La reina respondió con una tranquilidad tal que quedó bien claro que su muerte no le pesaría en la conciencia.

Boehmer debería haberse dado cuenta de que estaba pidiéndole peras al olmo. María Antonieta casi nunca llevaba collares, pues estos desviaban la atención de la elegante sencillez de su largo cuello. Pero él tenía una deuda demasiado importante como para pensar en cuestiones estéticas. Bassenge y él habían apostado todo su sustento a esa joya, y ¿para qué? Les había traído mala suerte, les apretaba cada vez más el cuello y temían no poder librarse de ella nunca.

Mientras los joyeros reales se tiraban de los pelos, Jeanne había cumplido veintitrés años y soñaba con su futura grandeza. Aunque la marquesa había sido amabilísima, Jeanne estaba empezando a frustrar cada uno de sus planes para ella. La marquesa intentaba por todos los medios convertirla en una chica trabajadora y bien educada —tal vez pudiese ser costurera—, pero a Jeanne la ofendía profundamente la mera insinuación de que no iba a ser la mayor dama de todos los tiempos. Al final, la muy sufrida marquesa envió a Jeanne y a su hermana a un convento, quizá incitada por la sospecha de que Jeanne había estado tratando de seducir a su marido. Como era de esperar, Jeanne no tenía ningún interés en dedicar su vida a la pobreza y a la castidad y a la caridad, y cuando llegó el

otoño de 1779, ya estaba harta de las monjas. Con unas pocas monedas en el bolsillo, su hermana y ella se escaparon del convento y regresaron a su ciudad natal, con la esperanza de impresionar a los lugareños que las recordaban como dos niñas menesterosas y hambrientas.

La vuelta al hogar de Jeanne no fue tan espectacular como ella había soñado. Algunos de los habitantes de la ciudad pensaron que estaba un poco loca, incluyendo la mujer que la había acogido en su casa y que decía que era «un demonio» (desde luego, el hecho de que Jeanne también estuviera intentando seducir a su marido no ayudaba). Pero otros quedaron atrapados por sus encantos. Y es que, junto a todos sus rasgos de personalidad alarmantes, Jeanne tenía tres atributos muy llamativos: su sonrisa, sus ojos brillantes y su capacidad de persuasión. No tenía una buena formación, pero comprendía de forma instintiva cómo funcionaba la sociedad y no tenía miedo de saltarse las reglas sociales cuando le estorbaban. «Sin ser consciente del peligro que suponía, admiraba su espíritu valiente que no se acobardaba ante nada», escribió un joven abogado llamado Jacques Beugnot, que se había enamorado perdidamente de ella. Le parecía fascinante que la personalidad de Jeanne «contrastara de una manera tan extraña con el carácter tímido y estrecho de las otras damas de la localidad».

A Jeanne le interesaba Beugnot más por sus consejos legales que por su amor: pensaba que podría ayudarla a recuperar la fortuna que le correspondía como heredera de los Valois. El amor lo buscó en otra parte, y a los veinticuatro años encontró a otro hombre: un oficial del

ejército sin ningún talento llamado Antoine de La Motte. Cuando ella se quedó embarazada, los dos huyeron para casarse y guardar las apariencias (a Jeanne no le daba miedo saltarse las reglas sociales, pero solo lo hacía cuando obtenía algún beneficio, y ser madre soltera habría dificultado su ascenso social). Se casaron a medianoche el 6 de junio de 1780, y muy pronto comenzaron a llamarse entre ellos conde y condesa de La Motte. Lo cierto es que había unos La Motte nobles, sin ninguna relación con él, que vivían en otra parte de Francia, y Jeanne y Antoine debieron pensar que podían sacar provecho de ello. Al fin y al cabo, el lema de Jeanne siempre había sido «finge hasta que lo consigas».

Por desgracia, era imposible fingir con relación al desarrollo de su embarazo, y un mes después de la boda, Jeanne dio a luz a dos gemelos que murieron días más tarde. Pero apenas tuvo tiempo para llorarlos. Antoine y ella habían estado viviendo con la tía de él, y esta mujer se dio cuenta entonces de que Jeanne se había quedado claramente embarazada fuera del matrimonio y, escandalizada, echó a los recién casados de su casa. De repente, Jeanne y Antoine necesitaban dinero. Y vivienda. Y apoyo. Y un poco de poder tampoco les vendría mal.

En septiembre de 1781, Jeanne se enteró de que su antigua benefactora, la marquesa, estaba alojada en la casa de una persona muy importante: el príncipe y cardenal Louis de Rohan, que pertenecía a una de las más nobles y antiguas familias de Francia. «Qué interesante», pensó Jeanne. Rohan era una gran oportunidad. Era un hombre guapo, alto y canoso de algo menos de cincuenta años que

despilfarraba el dinero como si fuera a acabarse el mundo (cosa que, en la Francia de la década de 1780, estaba a punto de suceder). Tenía unos jardines inmensos, un palacio que era la joya de los extensos terrenos que lo rodeaban y nada menos que cincuenta y dos yeguas inglesas.

Pero Rohan no era tan elegante por dentro como por fuera. «Era débil y vanidoso, y bastante crédulo; cualquier cosa menos devoto; y se volvía loco por las mujeres», escribe un historiador con tono burlón. Tenía deudas impagables y ni la propia María Antonieta podía soportarlo. No gustarle a la reina era una sentencia de muerte social y profesional; Rohan se había convencido de que la desaprobación de ella era lo único que se interponía entre él y su propósito de ser primer ministro. Por lo tanto, trató desesperadamente de hacerse merecedor de su amor —en una ocasión, incluso se disfrazó e intentó colarse en una de las fiestas que organizaba la reina—, pero no lo logró. Estaba cada vez más desesperado. Habría dado cualquier cosa con tal de que la reina lo apreciara. *Cualquier cosa.*

Cuando Jeanne conoció a Rohan, vio a un hombre consumido por un único y evidente deseo. Y como ella sabía muy bien, el deseo volvía a la gente vulnerable. El deseo era una grieta en la armadura. Una oportunidad. Una pequeña puerta que suplicaba que la atravesaran.

Si Jeanne y Rohan llegaron a acostarse es una cuestión que se puede debatir, pero lo que es seguro es que Jeanne lo sedujo de una forma magistral. Siempre que él estaba cerca, ella se ponía sus mejores galas y se aseguraba de

que el olor de su perfume llenara la habitación. Jeanne se mostraba encantadora, coqueteaba y lo halagaba, y él lo aceptaba todo con entusiasmo, recompensándola con fastuosos regalos y con un ascenso para su marido. Ella resultaba tan convincentemente deliciosa que incluso logró estafar al estafador personal de Rohan: un timador llamado conde Alessandro di Cagliostro que vivía en el palacio de Rohan, empleado como una especie de consejero de vida. Cagliostro era famoso por su supuesto conocimiento de las ciencias ocultas y había embaucado a numerosos parisinos con sus sesiones de espiritismo y sus pociones de amor. Pero, por suerte para Jeanne, Cagliostro no era lo bastante bueno como para detectar a una colega y competidora de profesión. De hecho, aunque los trucos de Cagliostro fueran más brillantes, Jeanne era mejor. Desde luego, Cagliostro siempre podía sacar de la nada un «elixir egipcio» o decir grandilocuentes bobadas sobre «palabras mágicas» y «masones demoníacos», pero, a fin de cuentas, traficaba con humo y espejismos (literalmente, en algunos casos). La materia que Jeanne dominaba era mucho más impresionante: el corazón humano, infinitamente vulnerable.

Con un nuevo benefactor a su entera disposición, el mundo era suyo. Jeanne y Antoine alquilaron unas habitaciones tanto en París como en Versalles y ella comenzó a fingir que era muy rica. Se fundió su pensión en ropa extravagante. Compró una carísima cubertería de plata para impresionar a unos invitados, y la empeñó al día siguiente. Intentaba acercarse cada vez más al centro de toda la riqueza: el rey y la reina de Francia, que con un

mero chasquido de dedos podían hacer que se cumplieran todos sus sueños. La reina María Antonieta era famosa por su caridad, y Jeanne estaba segura de que, si tenía la ocasión de explicarle el vínculo que la unía con los Valois, la reina les devolvería su antigua gloria a ella y a su familia.

El problema era que el resto de la corte de Versalles tenía objetivos similares. No se podía levantar una piedra de los jardines del palacio sin encontrarse con un noble que se estuviese muriendo por tener una audiencia con la reina. Por lo tanto, para llamar la atención de María Antonieta, Jeanne tenía que ser creativa. Comenzó a merodear por Versalles, con la esperanza de toparse *por casualidad* con la reina en alguno de sus numerosos pasillos. Después empezó a desmayarse con mucho teatro delante de diversas damas, por ver si la historia de la pobre y famélica huérfana de la Casa de Valois llegaba a los oídos de la reina y le tocaba el corazón. Nada de eso funcionó. Lo único que consiguió fue crearse una fama de pesada: una pesada extraña, de ojos brillantes, que siempre se estaba desmayando sin motivo aparente.

A comienzos de 1784, Jeanne y Antoine estaban casi arruinados, y Jeanne tuvo que inventarse una nueva estrategia. Si Versalles era una fuente de rumores, pensó: ¿por qué no aprovecharse de ello? Su plan era muy sencillo, pero genialmente audaz: empezó a contarle a la gente que María Antonieta y ella eran amigas. Amigas íntimas, incluso. De hecho, decía, María Antonieta tenía un interés personal por su situación y las dos se dedicaban a contarse sus penas mutuamente durante secretos

encuentros nocturnos.

Para hacer que esta historia resultara más verosímil, Jeanne entabló una relación con el portero de la zona privada que María Antonieta tenía en Versalles, llamada el Pequeño Trianón. Jeanne se aseguraba de que la gente la viera saliendo por la puerta a altas horas de la noche, como si acabara de tomarse un chocolate caliente en la intimidad con su real amiga. Los chismosos hicieron el resto del trabajo. Muy pronto, los nobles acudían a ver a Jeanne, suplicándole que empleara su influencia sobre la reina para ayudarlos. Jeanne asentía con bastante gracia, aceptaba el dinero que le ponían en la mano y prometía hacer todo lo que fuera posible. El rumor no tardó mucho tiempo en llegar a oídos de Rohan, que se entusiasmó enormemente. ¡Era muy beneficioso para él que su mejor amiga, Jeanne, tuviera tan buena relación con su futura mejor amiga, María Antonieta! Le suplicó a Jeanne que le pidiera a la reina que le diese otra oportunidad.

Igual que un tiburón percibe la sangre, Jeanne podía oler la desesperación de Rohan a un kilómetro de distancia. Le dijo que hablaría con la reina, y después volvió con la mejor noticia del mundo: María Antonieta estaba dispuesta a reconciliarse. De hecho, quería que Rohan le enviara una carta...

Las cartas que empezaron a circular entre el cardenal Rohan y *la reina* eran cálidas, estaban llenas de frases amistosas y tenían cierto matiz sexual (se rumoreaba que él la llamaba «mi ama» y se refería a sí mismo como «esclavo»). A veces la reina le escribía en un papel con los

bordes decorados con flores azules, otras con oro. Sus cartas con frecuencia mencionaban, como de pasada, que Rohan debía darle a Jeanne alguna cosilla a modo de agradecimiento por haber ayudado a reunirlos. Rohan lo hacía con mucho gusto. Más pronto que tarde, Rohan empezó a implorarle a la reina que le permitiera visitarla, pero la reina respondía una y otra vez que no era el momento... todavía.

Rohan se habría muerto de vergüenza si se hubiera enterado de que no era María Antonieta quien le escribía aquellas cartas, sino un astuto soldado aficionado a la caligrafía. Jeanne se había aliado con un antiguo compañero del ejército de su marido que se llamaba Rétaux de Villette y que, además de su amante, era su falsificador oficial. Ella solía dictarle las cartas a Villette y él las escribía con diligencia y las firmaba con una floritura. Su letra no se parecía nada a la de la reina, pero Rohan estaba demasiado extasiado como para darse cuenta.

Durante un tiempo, las cartas saciaron a Rohan, pero Jeanne no podía mantenerlo a la espera eternamente contestándole «ahora no, cariño mío». Él insistió con tanta vehemencia en tener un encuentro con la reina que Jeanne se dio cuenta de que tendría que sacarse una reina de la manga, de modo que envió a su marido a recorrer las calles en busca de alguien que pudiera pasar por María Antonieta. Él volvió con una guapa e ingenua trabajadora del sexo llamada Nicole le Guay. Jeanne le dijo a Nicole que era amiga de la reina y que la reina quería que Nicole le hiciera un favor a cambio de una pequeña recompensa. Después le dijo a Rohan que la reina lo recibiría a

medianoche en los jardines de Versalles, donde le entregaría una rosa. Aquello era extremadamente erótico: la noche, el secreto, la flor y todo lo que pudiera significar. Rohan estaba eufórico.

Cuando llegó la noche funesta, Jeanne se escondió entre los arbustos para observar lo que sucedía. Una nerviosísima Nicole sostenía la rosa y temblaba cubierta por un vaporoso vestido blanco, una prenda veraniega ligeramente escandalosa llamada *gaulle* que a María Antonieta le encantaba llevar. Ya era noche cerrada cuando Rohan entró en el jardín, y al avanzar en la oscuridad, distinguió la tenue silueta de una mujer vestida de blanco. ¡*La reina!* La mujer le entregó una rosa, y él creyó oírle decir: «Puedes contar con que el pasado caerá en el olvido». Todo fue muy confuso, gloriosamente confuso, y se terminó demasiado rápido, porque de repente Jeanne estaba a su lado diciéndole que tenían que marcharse antes de que los descubrieran.

Fue el engaño del siglo. Nicole realmente se parecía a la reina, sobre todo en la oscuridad, y Rohan estaba tan exultante que se fue a su casa y nombró «Paseo de la Rosa» a uno de los senderos de su palacio de verano. ¿Y Jeanne? Jeanne estaba en su mejor momento. ¡Qué valor, qué audacia increíble hacía falta para organizar una cosa así! Desde luego, un timador profesional como Cagliostro podía emplear velas y bufandas para simular apariciones, pero la pequeña Jeanne, que no era nadie, había conseguido impersonar a la mismísima reina de Francia. Ahora, ante los ojos de Rohan, tenía poder... y lo usó. En sus cartas, *la reina* comenzó a pedir prestadas unas sumas de dinero